



Versión

Sueños



Alejandro Pérez Rivera



Alejandro Pérez Rivera



Sueños

Versión 🐱

2025

Alejandro Pérez Rivera

Prólogo: R. XL

Prólogo

¿Cuántas veces no hemos cuestionado el significado de nuestros sueños? O hemos estado soñando y ser conscientes de que estamos en nuestro propio sueño.

Sueños, más allá de narrar historias, nos invita a explorar lo que significa soñar y lo que esto implica: miedos, deseos que guardamos e incluso verdades que nos resistimos a aceptar.

Pues bien, Arti nos conduce por un mundo donde la realidad y la fantasía se entrelazan, y junto a su

enigmático gato Bob, quien será mucho más que compañero de viaje, nos recuerdan que todos somos viajeros en los caminos de nuestra propia mente.

Sueños no solo te invita a explorar los límites de tu imaginación, sino también a enfrentarte a tus propias verdades en un viaje introspectivo que te hará reflexionar en más de una ocasión.

Si bien Alejandro nos había mostrado un mundo de Imaginaciones, en donde conoceríamos un *Perti* o nos relataría la fábula de la *Hormiga Tortuguera*. En esta ocasión, su propuesta nos lleva a un viaje aún más profundo: El fascinante mundo de los sueños

Porque al final, ¿quién puede decir dónde termina el sueño y donde comienza la realidad?

R. XL

Dedicatoria.

Para los que sueñan con despertar

Sueños

Versión 

EL PRIMER SUEÑO

¿Alguna vez has soñado? Espero que puedas comprender mi historia.

La madrugada apenas abría paso a la claridad cuando decidí levantarme. Era otro día de escuela. Aún con los ojos pesados por el sueño, meforcé a abandonar la cama para enfrentar la rutina. Como cada mañana, me dirigí al baño, pero esta vez algo inesperado alteró la monotonía: el agua del boiler estaba fría como el invierno. Intenté inútilmente que calentara, pero fue en vano. Con resignación, me bañé con el agua helada, cada gota atravesándome como pequeños puñales.

En la cocina, la familiaridad del desayuno me reconfortaba: huevos revueltos con un toque de sal. Pero al romper el primer huevo, ocurrió algo insólito. Una mariposa amarilla emergió de la cáscara, batiendo sus alas con una gracia imposible. Me quedé inmóvil, tratando de entender cómo podía haber sucedido algo así. Recordé vagamente que las gallinas a veces consumen gusanos, que eventualmente se transforman en mariposas. Sin embargo, la lógica no lograba calmar mi desconcierto.

Y apenas era el principio.

Mientras salía de casa, el gato Bob, siempre perezoso, me miró con sus ojos entrecerrados y me soltó, con un español rudimentario:

—Que tengas un buen día.

Me quedé helado, y no por el agua de la ducha. ¿Había hablado Bob? ¡No podía ser! Pero ahí estaba, como si nada, enrollándose de nuevo en su camita de algodón.

Al salir, la sorpresa continuó: nevaba. Nunca había visto nevar, ni siquiera en sueños. Los copos caían con delicadeza, transformando el paisaje en un lienzo blanco. Caminé en silencio, maravillado y confundido. La mezcla de épocas que veía —caballos trotando junto a autos— me hacía sentir como si estuviera atrapado entre mundos.

Al llegar a la escuela, el desconcierto creció. No recordaba mis clases ni los salones. Tras deambular por los

pasillos, encontré a Lucas, un compañero de clase. Me miró con una expresión que mezclaba sorpresa y diversión.

—¿Qué haces aquí? Hoy no hay clases, solo vine a entregar el proyecto final de ciencias.

¿Proyecto? No tenía idea de qué hablaba. Su risa, una mezcla de compasión y burla, resonó en mi mente.

—Siempre lo mismo contigo —dijo, con una sonrisa misteriosa.

—¿A qué te refieres?

—Que siempre te pasa esto. ¿No te das cuenta? ¡Estás soñando!

Todo encajó de repente: el huevo con la mariposa, la nieve, el gato parlante. Me estiré el dedo, como me enseñaron alguna vez. Y ahí estaba la prueba: se estiró más de lo normal.

—Estoy soñando —susurré, casi sin creerlo.

Lucas, como si mi asombro le resultara trivial, simplemente dijo:

—Descúbrelo tú mismo. Yo tengo que ir a otro sueño.

Se despidió volando, dejándome solo con mis preguntas. Intenté de todo para despertar: pellizcarme, mojarme la cara, incluso chupé un limón. Nada funcionó.

Finalmente, volé a casa. Después de todo, era un sueño, ¿no?

Al llegar, Bob me recibió con indiferencia.

—¿Cómo te fue? —preguntó en su peculiar español.

—No me hables, Bob. Sé que estoy soñando, y sé que los gatos no hablan.

Él solo bostezó y siguió jugando con su peluche.

Finalmente, decidí acostarme para dormir dentro del sueño. Cerré los ojos, y cuando el despertador sonó, estaba de vuelta en mi cama.

Suspiré, aliviado. Todo parecía haber vuelto a la normalidad. Mientras desayunaba, el recuerdo de la mariposa cruzó mi mente, pero esta vez, los huevos estaban intactos. Al salir, me despedí de Bob, quien, con su acostumbrada expresión de fastidio, murmuró:

—Ten un buen día, Arti.

Ahora tenía asunto más importantes. Cómo salir de ese sueño.



— ¿Y si no era verdad que estuviera dormido y soñando?

— Repentinamente me entró esa inquietud y poco a poco comencé a considerarla seriamente.

— ¿Cómo estar seguro de que es un sueño? Yo veo todo igual, salvo por el gato que habla, que otra cosa me asegura de que estoy dormido.

Y así estuve pensando y divagando entre mis pensamientos tratando de descubrir la verdad sobre lo que estaba pasando.

— ¡Ya sé! Me dije. La solución es fácil. ¿Por qué no la había pensado antes? Me vuelvo a acostar, me duermo y listo. Cuando despierte, habré salido de este extraño sueño.

Y eso fue lo que hice. Me recosté sobre un sillón de base suave, más suave que lo que recuerdo. Intenté dormir. Bueno, tampoco tengo la receta para quedarme dormido. Así que esperé por más de media hora a quedarme dormido y nada. Me levanté tomé un vaso de leche caliente, miré al gato Bob, con un gesto de indiferencia me dijo en un tosco *gatonés* sólo cierra los ojos y te despertarás. Pues no tuve remedio que tomarle la palabra, y ¡*Voilà!* El ruido del despertador, me regresó a la realidad. Me vi en mi cama, y di un largo suspiro de alivio.

— Por fin — , Dije para mí mismo. Ya me estaba preocupando.

Miré el reloj de pared, y marcaba las 7:00 am. Justo para irme a la escuela. Me dirigí a tomar la ducha matutina como cada día. Tomé un poco de café y me preparé un par de huevos. Recordé la mariposa de mi sueño, pero nada. Todo bien, los huevos salieron perfectos, terminé el desayuno y me dispuse a salir. Vi al gato Bob echado en su camita y le dije:

— Nos vemos en un rato Bob.

El gato Bob me miró con su cara habitual de fastidio y antes de salir a la calle le escuché decir:

— Ten un buen día Arti.



EN TERAPIA

—Arti Conejo, ¿no es así? ¿Señor Arti Conejo? ¿Es su nombre completo? —preguntó la voz serena, aunque firme, de la asistente.

—Sí, así es. —Arti asintió, sintiéndose observado por un momento demasiado largo.

—¿Algún otro apellido que quiera agregar?

—No, eso es todo.

—¿Y cómo prefiere que lo llame? ¿Señor Arti? ¿Señor Conejo?

—Arti está bien. No es tan importante.



Arti Conejo era un hombre que se había acostumbrado a la soledad, pero esa tarde su necesidad de hablar con alguien lo había llevado al consultorio de la doctora Emely Spinoza. Su reputación como terapeuta especializada en el sueño había sido el principal motivo para elegirla, pero había algo más: la esperanza de ser comprendido, tal vez por primera vez en su vida.

Había esperado más de dos meses por esa cita. La doctora Spinoza, autora de libros como **“Del subconsciente al análisis onírico de las frustraciones humanas”**, era conocida por tratar a pacientes ilustres y también por sus honorarios elevados. Afortunadamente, Arti podía permitírselo gracias a los modestos ingresos que obtenía escribiendo artículos para revistas literarias. —Bien invertido—, se repetía, intentando convencerse de que había tomado la decisión correcta.

—Señor Conejo, puede pasar al consultorio —anunció la asistente con voz dulce.

Respiró hondo y entró. La primera impresión de la doctora lo dejó sin palabras. Había visto su rostro en las contraportadas de los libros, pero en persona lucía aún más joven y hermosa. Su cabello ondulado caía en cascada sobre los hombros, y su mirada irradiaba una calma que desarmaba.

—¿Arti Conejo? —repitió ella, extendiendo la mano.

Él la estrechó rápidamente, percibiendo un aroma que evocaba flores silvestres. Por un instante, su mente divagó, imaginando cómo sería compartir su vida con alguien tan bella y brillante. Pero su nombre en boca de la doctora lo devolvió a la realidad.

—Sé que has esperado mucho por esta cita. Cuéntame, ¿cómo puedo ayudarte? —preguntó ella, indicándole que se sentara en un mullido sillón de cuero.

Arti trató de ordenar sus pensamientos, pero sus palabras salían atropelladas:

—No sé por dónde empezar. He esperado tanto para hablar con usted, pero ahora que estoy aquí, siento que todo se amontona en mi cabeza.

—Empieza por lo sencillo. ¿A qué te dedicas?

—Soy escritor —respondió, enderezándose ligeramente—. Bueno, escribo artículos para revistas. Nada importante, nada comparable a lo que usted hace. Pero... con eso vivo.

Por varios minutos, Arti relató su vida con detalle, aunque insistiendo en que no era relevante. La doctora lo escuchó con paciencia, esperando que se relajara lo suficiente para abordar el motivo real de su visita.

—Si tuvieras que definirte con una sola palabra, ¿cuál sería? —preguntó de pronto.

Arti no dudó.

—Soñador.

La doctora esbozó una leve sonrisa.

—Pues has llegado al lugar indicado. Aquí trato sueños, los que inquietan y los que inspiran.

Por primera vez en semanas, Arti también sonrió.



Tras recopilar la información básica para abrir su expediente, la doctora explicó su enfoque terapéutico:

—Mi método está orientado a quienes tienen trastornos del sueño. A veces es el insomnio; otras, pesadillas recurrentes o... experiencias que impactan la vida diaria. Pero antes de seguir, ¿quieres contarme qué es lo que te trae aquí?

Arti respiró hondo. Sentía que las palabras no eran suficientes para describir su tormento, pero hizo un esfuerzo:

—Doctora, mi problema no es que no pueda dormir. Mi problema es... que no puedo despertar.

Ella arqueó una ceja, intrigada.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Cuando duermo, no puedo salir de mis sueños. Es como si estuviera atrapado en ellos. Puedo pasar días soñando, y aunque mi cuerpo parece despertar, mi mente sigue allí, como si no hubiera salido del todo.

La doctora se inclinó hacia él, notando su inquietud. Los tics nerviosos de Arti comenzaban a hacerse más evidentes: sus dedos tamborileaban sobre el brazo del sillón, y su oreja izquierda temblaba ligeramente.

—Y eso te deja cansado, ¿verdad? —preguntó suavemente.

—Agotado. Me despierto con la sensación de haber vivido una eternidad. A veces no sé si lo que veo es real o parte de otro sueño.

La doctora lo observó en silencio por un momento, evaluando sus palabras y su lenguaje corporal.

—Entiendo que esto te afecta profundamente. Para nuestra próxima sesión, quiero que hagas algo: escribe todo lo que recuerdes de tus sueños. Cada detalle, cada sensación. Eso me ayudará a entender mejor lo que está pasando.

Arti asintió con torpeza, claramente aliviado de que no le pidiera más explicaciones en ese momento. Se levantó, murmuró una despedida y salió del consultorio con pasos apresurados.

Desde su escritorio, la doctora Spinoza lo observó marcharse, reflexionando sobre el peculiar caso que acababa de recibir.

—Los sueños... siempre tan enigmáticos —susurró para sí misma, antes de anotar una última observación en el expediente.



ARTI

Arti no era un hombre especial. No pretendía serlo, ni deseaba serlo. Solo era Arti, un alma solitaria que había aprendido a navegar su vida entre la quietud y el silencio. Vivía con su gato, Bob, en una pequeña casa apartada de la ciudad, en un rincón olvidado donde el ruido del mundo nunca llegaba. Arti caminaba por las mañanas como si cada paso fuera un susurro hacia sí mismo, siempre perdido en pensamientos que se enredaban, como hilos invisibles que le costaba desatar.

Desde niño, había vivido con un miedo constante, como una sombra que se alargaba con el paso de los años.

Un miedo a lo incierto, al futuro que nunca se mostraba claro. No era pesimista, pero el temor lo acompañaba como un viejo amigo, uno que no pedía permiso para entrar en su vida. Había acudido a doctores, había buscado respuestas en palabras ajenas, pero nada lo liberaba de esa carga. La ansiedad era su compañera silenciosa, la que se despertaba cada mañana con él. Pero fuera de eso, su cuerpo era sano, como si su mente luchara por mantener el equilibrio mientras su corazón seguía latiendo con la misma fragilidad de siempre. Para calmarse, caminaba largas distancias, dejando que el aire entrara en sus pulmones, como un bálsamo para su alma.

Arti se sumergía en libros, en historias de misterios que nunca llegaban a su fin, teorías que daban vueltas en su cabeza, como si las respuestas estuvieran allí, a la vista, esperando ser encontradas. Las historias de la Luna lo fascinaban: ¿Había llegado realmente el hombre allí? ¿O todo había sido un engaño? Había leído sobre las extrañas rotaciones de la Luna, de seres que tal vez la habitaban, impidiendo que los humanos regresaran. Parecían fantasías, pero algo en su interior no podía evitar dudar. Las preguntas, como ecos, llenaban su mente.

El nombre que usaba, Arti Conejo, ya no era solo un seudónimo. Había llegado a sentirse tan propio, tan íntimo, que a veces olvidaba que no era su verdadero nombre. Arti Conejo era un personaje, un reflejo de lo que nunca se atrevió a ser, una sombra de sí mismo. Sus novelas nunca vieron la luz, nunca fueron leídas por nadie. Pensaba que no eran dignas, que nadie encontraría en

ellas más que un eco vacío, y por eso las guardaba, como un secreto que solo él conocía.

Arti no tenía amigos cercanos, pero no se lamentaba. Decía que ser amigo de alguien era un arte, un esfuerzo constante, y él no podía dar lo que no tenía. En su columna de la revista, tenía seguidores, pero nunca les hablaba, nunca les respondía. Eran solo números, rostros sin nombre, que le permitían continuar con su escritura. —El día que estos números caigan, será el día que me quede sin trabajo—, pensaba, sin dar demasiada importancia a esa posibilidad. Siempre había sido así, alguien que se adaptaba a la inestabilidad, alguien que no buscaba permanecer demasiado en un lugar, ni en un trabajo, ni en una vida. El sueldo de la revista le bastaba para cubrir las consultas con la doctora Spinoza, y eso le daba la tranquilidad suficiente para seguir adelante.

Ya no creía en los sueños. La emoción de vivir se había ido desvaneciendo poco a poco, hasta convertirse en una sombra distante. A veces, sentía que sus amigos lo miraban como un hombre extraño, tal vez un poco loco, pero con un corazón noble. —Lo que vemos en los demás tiene que ver con nosotros mismos" — solía decir, pero en el fondo, muy en el fondo, deseaba ser algo más. Deseaba ser normal.

El verdadero cambio en su vida comenzó cuando empezó a leer sobre los sueños. Las teorías lo atraparon, lo envolvieron, lo invadieron. Se preguntaba: —¿Los sueños son solo fantasías de nuestra mente, o realmente

nos conectan con algo más allá? ¿Son solo un reflejo de nuestros temores, o acaso un mensaje de algo más grande, algo que no comprendemos? — Estas preguntas lo desconcertaban, y pronto se convirtieron en el centro de su angustia, hasta que finalmente, la necesidad de respuestas lo llevó a buscar la ayuda de la doctora Spinoza.



BOB EL GATO

Bob el gato, no era un animal común. Era salvaje, indomable, y dueño de su propio mundo. Apenas permitía que alguien se acercara a él, salvo a Arti. Pero con Arti, era diferente. Aunque la relación entre ellos no era de dueño y mascota, sino de compañeros, Bob gobernaba la casa con su presencia silenciosa, dejando claro que él, más que nadie, elegía cuándo ser acariciado y cuándo desaparecer en la oscuridad.

Pasaba los días estirado, dormilón, como si el tiempo no tuviera poder sobre él. Solo regresaba cuando el hambre lo reclamaba, cuando su cuerpo demandaba las

croquetas que Arti le ponía en su plato. Después, se retiraba a su cama, y así pasaban los días, en una rutina tranquila, sin grandes palabras ni gestos.

Arti tenía un gato. Él lo sabía, pero a veces se sentía como si fuera el gato quien tuviera a Arti. Las mascotas, sobre todo los gatos, tienen esa capacidad: pueden hacernos sentir pequeños, insignificantes, hasta el punto en que llegamos a entender que somos solo un accesorio en su vida, un ser que, aunque necesario, está destinado a ser una figura secundaria. Pero Arti no se quejaba. Sabía que, en ese extraño juego de poder, él también encontraba consuelo.

Bob había llegado a su vida cuando era un pequeño cachorro. En ese entonces, su nombre no era Bob, pero con el tiempo se adaptó, como todo en la vida de Arti, a lo que debía ser. Se acostumbraron, crearon una rutina silenciosa, y la soledad de Arti se vio mitigada por la presencia de aquel ser independiente que lo observaba con una mirada que solo los gatos saben tener: profunda, insondable, como si supiera más de lo que mostraba.

Bob no solo era compañía. De vez en cuando, sus travesuras y su naturaleza salvaje inspiraban los escritos de Arti, se convertía en una musa silenciosa que, sin saberlo, le daba ideas para sus relatos, como si el gato fuera una extensión de su propia mente.

Y aunque Bob era un gato de peleas, un gato que se había ganado el respeto de los otros con sus batallas por el territorio, por una gatita o por orgullo, había algo en

él que también conectaba con Arti. Ambos, en su soledad, se entendían. Ambos, aunque separados de sus familias, se daban lo que necesitaban: uno, compañía, y el otro, una razón para continuar.

Hubo un tiempo, sin embargo, en que Bob desapareció. Arti lo buscó sin descanso, pegó anuncios, ofreció recompensas, pero nada. No lo encontraba. Fue entonces cuando recordó la leyenda: si a otro gato le pedías que le dijera a tu gato perdido que regresara, él lo haría. Aunque Arti no creía en esas supersticiones, lo intentó, y a cada gato que encontraba, le pedía que le llevara el mensaje: —Si ves a Bob, dile que lo extraño.

La casualidad, o tal vez algo más, hizo que Bob regresara. No hizo ruido, no dio explicaciones, solo fue directo a su plato, comió y se fue a dormir, como si el tiempo no hubiera pasado. Arti, sin embargo, no pudo evitar pensar que había algo mágico en esa conexión, algo inexplicable que les unía más allá de la razón.

Bob, el gato, era más que una mascota. Era un guardián, un ser enigmático, que jugaba un papel mucho más importante de lo que Arti imaginaba. Pronto, Bob sería clave en los sueños de Arti, en esos sueños que comenzaban a tomar una forma misteriosa.



EL SUEÑO CONTINUA

—Ten un buen día, Arti.

La voz de Bob me sorprendió de tal manera que un escalofrío recorrió mi espalda. Lo miré con incredulidad, mi mente no podía procesar lo que había escuchado. No, no podía ser. ¡Los gatos no hablan! ¡Era imposible!

—¡No, no! ¡Aún sigo dormido! ¡Los gatos no hablan! — exclamé, mirando a mi alrededor, buscando alguna respuesta en ese extraño entorno.



Me dejé caer sobre el sillón, completamente atónito. La confusión se apoderaba de mí. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué me pasaba esto a mí? Las preguntas se amontonaban en mi mente, pero ninguna de ellas parecía encontrar una respuesta clara. Mi preocupación crecía, aunque en mis sueños no solía sufrir de ansiedad. Era solo esa sensación abrumadora de que algo no estaba bien, de que estaba atrapado en un mundo del que no podía salir. Y, por encima de todo, la preocupación de llegar tarde a trabajar, como si la rutina fuera más urgente que cualquier otro pensamiento.

Me levanté, caminé de un lado a otro sin rumbo fijo, tratando de hallar alguna solución, alguna forma de despertar de este extraño estado. Bob, por su parte, me observaba desde su lugar sin emitir palabra alguna, volviendo a lo suyo como si nada estuviera ocurriendo.

Decidí salir a caminar, como si el simple acto de moverme pudiera despejar mis pensamientos y ayudarme a encontrar una salida a todo esto.



No estoy seguro de cuánto tiempo pasé caminando. La sensación de que los días se mezclaban, que el tiempo dejaba de tener sentido, me envolvía. Era raro, pero en algún lugar de mi mente sabía que habían pasado varios días desde que comencé esta caminata sin fin. La gente me miraba al pasar, y aunque no me sentía incómodo, sí había algo en su mirada que me resultaba

extraño, como si ellos pudieran ver lo que yo no podía comprender.

—¿Vas a seguir caminando? —escuché de repente. Al volverme, vi a Bob caminando tras de mí, tan tranquilo como siempre.

—¡No me hables! —le grité, confundido y desconcertado—. ¡Los gatos no hablan!

Pero Bob no pareció escucharme. Siguió caminando a mi lado, como si nuestra conversación fuera lo más natural del mundo.

—¡Te puedes apurar a despertar! —me dijo, con su extraño tono gatuno. —¡Necesitas despertar! Ya tengo hambre y no hay croquetas.

Mi mente estaba a punto de estallar. ¡Esto no podía ser real! La situación se volvía cada vez más absurda, y yo me sentía más perdido que nunca.

—¡Ayúdame! —le grité, desesperado.

Y como si él comprendiera, sin más aviso, saltó a mi cabeza y comenzó a rascar mi cabello, enmarañándolo aún más. Fue un rasguño tan fuerte que me hizo abrir los ojos de golpe.

De repente, me encontré en la realidad. El gato Bob seguía allí, en mi cabeza, como un recordatorio de lo que acababa de vivir. Ahora sí, estaba completamente despierto. Todo había sido un sueño, o al menos eso

pensaba... hasta que me vi rodeado de la misma confusión
y las mismas preguntas.



DOCTORA Y PACIENTE

—Interesante —dijo la doctora Spinoza, al terminar de leer el relato del sueño de Arti. Su tono era calmado, pero sus ojos mostraban una leve curiosidad—. ¿Eso es lo que soñaste la última vez?

—No, doctora —respondí, mi voz tensa—. Ese es el primer sueño, el que marcó el comienzo de todo este lío. Desde ese día, las cosas se han vuelto aún más extrañas.

La doctora me miró fijamente, como si intentara encontrar algún significado detrás de mis palabras.

—Bueno, empecemos con este primer sueño y veamos qué podemos encontrar —dijo con suavidad—. ¿Qué crees que significa?

—¡No lo sé, doctora! —respondí, dejando escapar un suspiro de frustración—. Usted es la experta, ¡por eso le pago! —Mis palabras fueron más duras de lo que esperaba, pero la angustia me estaba ahogando. No podía soportar sentirme tan perdido, tan impotente. —Perdón, no quería decir eso, es solo que estoy muy preocupado.

La doctora sonrió amablemente, como si entendiera mi desconcierto. No me juzgó. A veces, solo necesitaba escuchar, y ella estaba allí para eso.

—No pasa nada, Arti. Estoy aquí para ayudarte. Pero veamos... ¿Realmente tienes un gato?

—Sí, el gato Bob —respondí, y una extraña sensación de alivio me invadió al hablar de él.

—¿Y comes huevo todos los días?

—Sí, también, pero sin mariposa —intenté sonreír, pero la mueca de incomodidad en mi rostro no desapareció. La doctora continuó su interrogatorio con paciencia.

—¿Tienes alguna preocupación respecto a la escuela?

—No, hace años que no pisaba una escuela. Pero... —me detuve un momento, reflexionando—. El sueño de estar en una universidad o algún otro plantel similar es muy recurrente. Me he acostumbrado, en realidad. No me

preocupa tanto, aunque siempre me deja una sensación rara.

Mi nerviosismo aumentaba, y de nuevo sentí ese tic en mi oreja izquierda. La doctora, al notar mi creciente ansiedad, decidió cambiar de enfoque.

—Hagamos algo diferente —sugirió—. Vamos a intentar un ejercicio de relajación y visualización. Puede ayudarnos a entender mejor lo que está pasando.

Asentí, sintiéndome ligeramente más tranquilo con la idea de hacer algo práctico. La doctora me pidió que me acomodara en el diván y cerrara los ojos.

—Toma una postura cómoda, Arti —me indicó, su voz suave y calmada—. Respira profundamente, relajando cada parte de tu cuerpo. Concédete atención a tu respiración.

Seguí sus instrucciones al pie de la letra, dejando que sus palabras me guiaran a un estado de calma. Cerré los ojos y comencé a imaginar, buscando, tal vez, respuestas que pudieran aliviar el torbellino en mi mente.



IMAGINACIONES

Tomó su cigarro y aspiró con suavidad aquel humo que le tranquilizaba en aquellas noches en que no podía conciliar el sueño. Abrió la ventana que daba hacia la calle y solamente las cortinas quedaron cubriendo parcialmente la vista exterior. Se sentó en un cómodo sillón que, aunque ya se encontraba en muy mal estado le permitía descansar en aquel tipo de situaciones.

Absorbió una vez más el humo y sintió dentro de sí una agradable sensación de placer.

La silueta de un gato se proyectó sobre la ondeante cortina la cual deformaba la figura gatuna que tomaba mil y una formas diferentes. Una vez más aspiró la esencia proveniente de su cigarrillo e inspirado en las

diferentes transfiguraciones del gato sobre la cortina, comenzó a imaginar.

Una primera figura llegó a su mente producto de aquel juego de sombras, era un violín cuyas cuerdas se movían elásticamente como con vida propia. Y entonces se imaginó a sí mismo como un gran músico, se imaginó dirigiendo una monumental orquesta. Un numeroso público silencioso a su espalda no era motivo para inquietarlo, ya que él tenía una gran seguridad de que sus movimientos eran precisos, exactos. Por momentos se perdía en cada una de las notas que de los instrumentos emanaban, semejante al agua que brota del arroyo y desaparece la sed soñar. El primer movimiento había sido genial, como él lo había esperado. El segundo lo inició con gran ímpetu, las trompetas resonaban en toda la sala infundiendo en el alma de los presentes esa alegría desbordante que el autor había plasmado en su obra. Entraron en escena los cornos, los cuales agitaron aún más el ambiente sinfónico. Los violines siempre ahí, siempre dispuestos a llevar la melodía por buen camino. Se acabó el segundo movimiento y los espectadores hicieron un gran esfuerzo por no aplaudir antes del final de la obra. El tercer movimiento se inició con dramatismo, el primer violín se enfrentó con un pasaje de complicada interpretación, al tratar de que su ejecución fuera lo más exacta posible, de que no se perdiera ni una sola gota de la esencia de la música, la tercera cuerda del violín estalló en pedazos debido a ese gran esfuerzo. Al escuchar tal disonancia, el nerviosismo hizo presa de él, era lo que

menos hubiera esperado. Pero trató de controlarse y continuó dirigiendo. El público al parecer no había notado la falta del instrumento, sin embargo, se aproximaba el solo del violín, y forzosamente tendrían que darse cuenta. Pensó rápidamente la solución antes de que ese momento llegara. Se iluminó su mente al encontrar prodigiosa solución. Siguió dirigiendo los siguientes pasajes de la obra, y un momento antes de la prevista entrada del violín, alzó su batuta en alto, y manteniéndose así por algunos instantes decidió dejar esa imaginación.

Soltó el humo contenido en sus pulmones y respiró profundamente.

Una vez más fijó su vista en las cambiantes figuras y esperó a que apareciera una que le inspirara.

En esta ocasión hizo su presencia una frondosa pluma de ganso que se agitaba al ritmo que el viento le marcaba. Y se imaginó poeta. Tomó unas hojas blancas que se hallaban sobre su desarreglado escritorio para poder comenzar un poema. Decidió realizar el más bello poema sobre sus más profundos sueños. Introdujo lentamente la pluma sobre el tintero y esperó a que llegara la primera idea, el primer pensamiento. Él tenía la seguridad de que podría plasmar sobre aquellos papeles su gran genio hasta entonces oculto. Al percatarse de que la imagen inspiradora tardaba en llegar, decidió entrar a buscarla él mismo en el fondo de su corazón. Penetró con suavidad para no producirse dolor, para no dañar las recientes heridas que aún no habían cicatrizado del todo,

y para tampoco despertar las antiguas heridas de pasadas batallas. Buscó en cada rincón, pero al parecer no había nada digno de una gran poesía, siguió avanzando por entre los pequeños conductos que le conducían a las diferentes cavidades cardiacas, pero aun así no hallaba lo que buscaba. Sólo quedaba un lugar por buscar, era un sitio donde inicialmente no se había atrevido a entrar pero que era el último lugar en que podría encontrar algo si es que lo hubiera. Pensó: - si entró y encuentro lo que busco podré realizar esta gran obra, pero si no lo hallo me causara una gran confusión y ... y decidió dejar hasta ahí esa imaginación.

Dejó caer la ceniza al suelo y repitió sus movimientos mecánicamente una y otra vez.

Había entrado ya a veintitrés imaginaciones diferentes, las mismas que había abandonado sin terminar por algún diferente motivo. No había quedado satisfecho con ninguna de ellas así que decidió realizar un mayor esfuerzo y llevar a cabo una imaginación digna de él.

E imaginose a sí mismo dentro de un cuarto de hotel cerca de los suburbios al sur de la ciudad. Se imaginó que había llegado ahí huyendo de los demás, que había alquilado aquel cuarto únicamente por una noche mientras decidía a donde ir al día siguiente. Se imaginó sin poder dormir presa de sus agobiantes recuerdos. Y se imaginó que encendía un cigarrillo sin filtro, que abría las ventanas para tener una mejor ventilación y así poder pensar mejor. Se imaginó que se sentaba en un viejo sillón

desde donde podía observar las sombras que un gato proyectaba sobre una cortina blanca, la cual se movía al compás que el viento dictaba. Y se imaginó que aspiraba el humo del cigarro el cual le ocasionaba una agradable sensación de placer.

E imaginó que imaginaba.



DRA. EMELY SPINOZA

Emely Spinoza no era su verdadero nombre, pero así la conocían. Mujer de mediana edad, con una presencia que cautivaba tanto por su belleza como por su profundo conocimiento. Era admirada por todos, su vida parecía un reflejo de éxito, aunque siempre había algo más allá de la superficie. A pesar de ser rodeada de admiradores y pretendientes, Emely mantenía los pies firmemente plantados sobre la tierra, una mujer centrada, que nunca se jactaba de lo que había logrado. Sabía que sus dones no eran algo para presumir, sino una responsabilidad que debía manejar con discreción y respeto.

Nacida en un barrio humilde, criada en un hogar de estrictas reglas, Emely había aprendido a valorar la disciplina desde pequeña. Era la hija ejemplar, la estudiante que todos querían imitar, la hija que sus padres miraban con orgullo. Sin embargo, había algo en su interior que nunca había terminado de encajar: la inseguridad. Quizá esa fue la razón por la que trabajó tan duro, para conseguir la vida que ahora llevaba, siempre buscando validación fuera de sí misma.

Su desconfianza hacia las personas era palpable. Aunque sus conocimientos la habían llevado a recorrer el mundo y conocer muchas culturas, siempre se mantenía a

distancia, dudando de la sinceridad de los demás, temerosa de caer en situaciones que pudieran dañar su bienestar. La religión y las enseñanzas de sus padres habían marcado su vida, pero su sed de conocimiento la impulsó a explorar nuevas creencias y filosofías, siempre buscando algo que pudiera calmar su alma inquieta.

La salud era su mayor tesoro, y su trabajo, su pasión. Creía firmemente que al ayudar a los demás, de alguna forma, se ayudaba a sí misma. Y lo hacía, ayudaba a muchos, no solo en su práctica profesional, sino en muchos aspectos de su vida. Había viajado por el mundo, y en cada lugar, cada rostro, encontraba un nuevo motivo para seguir adelante. Las vidas de las personas, sus luchas y sus sueños, eran lo que la mantenían motivada.

Emely nunca creyó en historias fantásticas o teorías conspirativas. Su mente lógica y científica siempre la había alejado de todo aquello que no pudiera ser confirmado por la razón. Los extraterrestres, los duendes, las hadas... nada de eso tenía cabida en su realidad. Solo aceptaba lo que la ciencia podía explicar.

Pero entonces llegó Arti Conejo. Un paciente como ningún otro. Con historias tan inverosímiles que desafiaban cualquier lógica. Arti creía que no podía despertar de sus sueños, que su vida misma era parte de un sueño eterno. Aunque su especialidad era ayudar a las personas con problemas de sueño, Emely aceptó su caso más por curiosidad profesional que por cualquier otra

razón. Algo en sus palabras la había intrigado. Algo que no podía dejar pasar.

Emely había sido casada durante muchos años, con quien ella consideraba su príncipe azul. Pero la vida tiene sus giros, y por razones que el destino parecía dictar, su matrimonio terminó, dejándola nuevamente sola, pero con la certeza de que ella podría seguir adelante.

Había grandes sueños en el corazón de Emely, sueños que la impulsaban a avanzar, paso a paso, sin prisa pero con determinación. Siempre decía: —Son pasos de bebé—, pero no sabía que conocer a Arti Conejo cambiaría por completo el rumbo de su vida.



AL DÍA SIGUIENTE

Al día siguiente, Arti se despertó con una sensación diferente. No había hablado con la doctora sobre la experiencia de la sesión anterior, no sentía la necesidad. Guardó ese recuerdo para sí mismo, un pequeño refugio en su mente. Era un día nuevo, y por primera vez en mucho tiempo, no sentía la presión de la ansiedad, ni la preocupación constante que solía invadirlo. Sonrió, algo que no había hecho en meses, quizás más. – Bien podría escribir un libro sobre Imaginaciones—, pensó para sí mismo, y la sonrisa se ensanchó un poco más.

Era su día libre, así que decidió salir a caminar. La luz del sol, tan rara en su vida diaria, lo atraía fuera de la casa. Bob el gato, lo miró con ojos sabios, como si entendiera la necesidad de Arti de tomar un respiro. Sus miradas se cruzaron en un entendimiento tácito: — Regresa pronto—, pensó Bob. —No tardo—, pensó Arti, mientras cerraba la puerta detrás de él.

Caminó por las calles, disfrutando del sol y del aire cálido de verano en su rostro. Había algo terapéutico en la simple acción de caminar, de observar a las personas que cruzaban su camino. Siempre había sido su pasatiempo favorito: imaginar las vidas de los demás. — Este va triste, debe ser por su perro. Ese otro parece enamorado, lo lleva escrito en la cara. Y aquella señora va apurada al mercado, su marido sale de viaje. — Así pasaba el tiempo, creando historias para cada ser que encontraba.

Sin embargo, ese día algo cambió. Algo que siempre había estado ahí, pero que nunca había notado con tanta claridad. Las personas, caminando por la ciudad, parecían estar en un sueño colectivo. Nadie miraba al sol, nadie sentía el viento. Cada uno iba perdido en su propio mundo, en sus propios pensamientos.

- ¿Todos están soñando? - Se preguntó Arti. - ¿Estoy yo soñando también? ¿Y si todos somos parte del mismo sueño? - El pensamiento lo golpeó con fuerza, como una revelación que no sabía cómo manejar.

El tic en su oreja izquierda comenzó a manifestarse, y Arti sintió cómo la ansiedad volvía a subir.

Recordó que no había tomado su pastilla para la ansiedad. Con prisa, regresó a casa, con la sensación de que el mundo a su alrededor estaba desmoronándose poco a poco.

Al entrar, creyó escuchar una voz, familiar y cálida: – ¡Ya era hora, ya tengo hambre! - Era la voz de Bob, como si el gato entendiera que su dueño necesitaba algo más que un simple paseo. Algo más que solo un sueño.



ARTI Y EMELY

Ya habían pasado más de tres meses desde que Arti comenzó su terapia con la doctora Spinoza. Los días parecían deslizarse sin que él lo notara. Al principio, las sesiones habían sido estrictamente profesionales, pero poco a poco, paciente y terapeuta cruzaron la línea invisible que separa lo personal de lo profesional. Se hicieron amigos, una amistad delicada, peligrosa para ambos, pues cualquier diagnóstico podría verse nublado por el afecto mutuo que había surgido sin previo aviso.

Las terapias se convirtieron en algo más que una simple consulta. Arti comenzó a compartir sus

pensamientos más íntimos, sus creencias, sus miedos. Y Emely, la doctora Spinoza, escuchaba con la misma paciencia con la que atendía a todos sus pacientes, pero de una forma diferente. Quizá era la amistad, quizá algo más.

¿Qué realmente pasa cuando soñamos? – Preguntó Arti una tarde, mirando fijamente a Emely. – ¿Es solo nuestra imaginación o viajamos a una dimensión alternativa? ¿Un lugar donde vivimos otra vida, o es simplemente una proyección de nuestro inconsciente?

Emely, acostumbrada a dar respuestas científicas y racionales, le respondió como siempre, con calma.

– Los sueños son solo una proyección del inconsciente. Una manifestación de nuestras preocupaciones diarias, de nuestros deseos y temores. La ciencia ha demostrado que son procesos fisiológicos, algo que sucede en nuestro cerebro mientras descansamos.

Arti, sin embargo, no podía conformarse con esa explicación. Su mente siempre había sido un lugar más vasto, lleno de preguntas sin respuestas.

– Yo prefiero pensar que los sueños son como un mundo mágico, –dijo con nostalgia– una dimensión donde todo es posible. Podemos volar, bucear sin ahogarnos, conocer criaturas fantásticas... como duendes o hadas. Siempre me ha gustado pensar que, cuando sueño, vivo otra vida. Pero últimamente... los sueños se han vuelto más oscuros. Ya no me siento libre en ellos. Hay

momentos en los que intento despertar, pero no puedo. Como si estuviera atrapado, en una especie de limbo. El gato Bob me habla, y gracias a él, no me he vuelto loco.

Pero yo he hablado mucho de mí, –dijo Arti, desviando la mirada hacia ella. – ¿Y tú? ¿Qué sueñas tú, Emely? Quiero saber cómo ves la vida. Alguien tan preparada como tú debe tener una visión mucho más profunda de todo esto, ¿verdad?

Emely lo miró sorprendida. No era común que Arti le hiciera preguntas tan personales. Pero se sintió halagada, aunque no del todo cómoda.

Espera, espera. –Lo interrumpió, sonriendo con suavidad. – Son demasiadas preguntas. No soy muy buena hablando de mí misma, pero si quieres, puedo pensar en ello y contarte la próxima vez.

Arti la miró con interés, más allá de la curiosidad intelectual. Quizá había algo más, algo más que la amistad que ellos compartían. Y no sabía si era su mente o su corazón lo que lo empujaba a seguir buscando respuestas, pero una parte de él comenzaba a enamorarse.



El tiempo pasó y las sesiones dejaron de ser solo en el consultorio. Se reunían en cafeterías, caminaban juntos por el parque. El ambiente se volvió más informal, pero la conexión seguía creciendo.

–Ayer, el gato Bob me habló, –dijo Arti, de repente.

—¿En tus sueños? —preguntó Emely, sin dejar de sonreír.

No, no. Estaba despierto. O... tal vez solo lo imaginé. —Arti parecía pensativo. — Me dijo que tenía hambre. Quizá solo lo imaginé. Los gatos no hablan, ¿verdad?

— ¡Oh, claro! —se rio Emely. — Llévalo al veterinario, entonces, no vaya a ser que haya algo raro.



Una semana después se reunieron nuevamente. Fueron a comer a un restaurante popular, y mientras esperaban en la fila, Emely comenzó a hablar de lo que había reflexionado sobre sus preguntas anteriores.

— Estuve pensando en lo que me preguntaste. Sobre los sueños, sobre la vida... —empezó a decir, pero su tono era serio.

—¿Y qué piensas? —preguntó Arti, con la esperanza de obtener una respuesta profunda.

—No lo sé. —Emely se encogió de hombros. — Lo importante es vivir, estar sano, ser una buena persona, tener estabilidad. Todo lo demás son creencias. Los sueños, el sentido de la vida, son solo teorías. Yo sólo quiero una vida tranquila, rodeada de los que quiero.

Arti la miró, sintiendo una extraña decepción. No era lo que esperaba.

—¿Eso es todo? —preguntó, incrédulo.

Sí. —respondió Emely, sonriendo tranquilamente.



—¿Llevaste a Bob al veterinario? —preguntó Emely con una expresión divertida.

—Sí. Le pusieron una vacuna, y aproveché para preguntarle al veterinario si los gatos pueden hablar.

—¿Y qué te dijo? —preguntó Emely, con una sonrisa en los labios, esperando que fuera una broma.

Arti, sin embargo, respondió con seriedad.

—Dijo que algunos gatos, y otros animales, pueden pronunciar palabras. No tan claramente como los humanos, pero algo pueden decir.

Emely lo miró con escepticismo, pero sin reírse.

—Claro, claro. —dijo, con una pequeña sonrisa. — Tal vez lo imaginaste. A veces, los sueños y la realidad se mezclan.

Arti sonrió también, aunque en su interior, la duda seguía rondando. Quizá todo era un juego de su mente, pero quería creer que, en algún lugar de su mundo, los gatos sí podían hablar.



LA VOZ DEL GATO

–Soñé con cocodrilos, –le conté a Emely, sin pensarlo demasiado.

–¿Otro de tus sueños raros? –preguntó ella con una sonrisa. – ¿Y qué pasaba en ese sueño?

–Tenía que cruzar un camino, pero había cocodrilos bloqueando el paso. Otros pasaban sin problemas, pero yo no podía avanzar. ¿Qué crees que signifique?

–Creo que son tus miedos, –dijo, mirándome fijamente. – Los miedos que te impiden avanzar. El día que enfrentes esos miedos, darás un gran paso hacia lo que deseas.

—¿Miedo a qué? —le pregunté, confundido.

Emely me miró con esa mirada tan profunda que siempre me dejaba sin palabras.

—Miedo a mí, —dijo ella, con una sonrisa enigmática.

Las palabras me dejaron paralizado. Mi mente empezó a dar vueltas, intentando encontrar una salida. Pero no pude.

—¿Estás enamorado de mí, verdad? —me preguntó, como si fuera lo más obvio del mundo.

Mis manos comenzaron a temblar. Era cierto, nunca me había atrevido a confesarlo. ¿Y ahora qué decía?

—¿Cómo sabes eso? —balbuceé, sin saber cómo reaccionar.

—Es evidente. Las mujeres tenemos esa intuición. —dijo, suavemente, con un toque de travesura. — He esperado un buen tiempo para que dieras el siguiente paso. Pero parece que te hace falta un pequeño empujón.

—Es cierto. —respondí, derrotado. — Nunca imaginé que alguien como tú se fijaría en alguien como yo.

—Pues ya ves. —dijo ella, con una sonrisa que me dejó sin aliento.



En ese momento, oí una voz detrás de mí.

—Eso quisieras, —dijo el gato Bob, con una suavidad que me hizo dar un salto.

Me di vuelta y vi al gato, observándome con una mirada cargada de compasión.

—Es todo un sueño, ¿no? —dijo Bob. — Un reflejo de tus deseos y miedos.

Todo se desvaneció. La escena, Emely, incluso el lugar. Todo desapareció en un parpadeo, como si nunca hubiera existido.

—Solo es un sueño, —me dijo el gato Bob, mientras su figura se desvanecía. — Y sí, los cocodrilos son tus miedos. Tienes miedo de avanzar.

—Finalmente, —dijo con una sonrisa que me pareció más sabia que nunca.



Por primera vez, el gato Bob me hablaba por más tiempo en uno de mis sueños.

- Pero si los gatos no hablan. ¿Cómo es que haces eso?

- Es solamente un sueño, recuerda. Aquí muchas cosas son posible.

- ¿Y cómo es que sabes tantas cosas de mí?- Le pregunté.

- Yo soy parte de ti.



- ¡Qué raros son los sueños pensé!
- Sí así son, respondió el gato Bob.
- ¿También lees el pensamiento? – Le pregunté
- Claro aquí todo es posible. Además recuerda que tú y yo somos lo mismo.
- Pues yo no tengo esos bigotes tan feos. - Le dije y me reí.
- ¿Por qué siempre apareces en mi sueños?
- Porque si no ¿Quién te ayudaría a despertar?
- Antes no necesitaba de tu ayuda.
- ¿Quieres despertar?
- Sí, le dije.
- Pues sígueme.



Lo seguí por curiosidad. Por primera vez el Bob me hablaba directamente y de esa manera.

- ¿A dónde me llevas?- Le pregunté pero como respuesta solo siguió caminando.

Caminamos por la noche, por los tejados de las casas, por encima de los árboles, por caminos estrechos. No recordaba haber estado por ahí antes. Llegamos después de algunos días a las faldas de una montaña.

- ¡Llegamos! ¡Ya no llores!

- No estoy llorando, lo que pasa es que ya estoy cansado. No sé cuanto llevamos andando. Y no ha sido fácil seguirte.

- ¿Quieres despertar, no?

- Sí, pero...

En ese momento sonó una campana.

- Mañana seguimos. – Dijo eso y desapareció corriendo.

Timbró nuevamente la campana, y abrí los ojos. Estaba en mi cama y arriba de mi el gato Bob, mirándome.

- Por fin. – escuché nuevamente. Pero quizá sólo fue mi imaginación.



INCERTIDUMBRE

Al día siguiente, Arti narró a Emely el extraño sueño que había tenido. Claro, omitió la parte en que le confesaba que se había enamorado de ella.

- Algún día le diré lo que siento por ella - Pensó, con una mezcla de miedo y esperanza en su pecho.

– ¿Y qué piensas de tu sueño? – preguntó Emely, con su usual tono sereno y analítico.

–No lo sé. – Arti se quedó pensativo. – Cada día se vuelven más extraños. ¿Crees que los gatos puedan meterse en los sueños de las personas?

Emely lo miró, sus ojos profundos brillando con la calma que siempre transmitían.

—Yo creo que no. — Contestó, manteniendo su postura terapéutica. — Los sueños son solo imaginaciones de nuestra mente. Has vivido tanto tiempo con tu gato que ahora se proyecta en tus sueños. Y esa sensación de que te cuesta despertar, seguramente se refleja también en ellos.

Arti no estaba del todo convencido, pero la incertidumbre que dejó la respuesta le dio, de alguna forma, esperanza.

Después de hablar sobre su sueño y aun pensando en la parte que no le había dicho a Emely, Arti, con cierto atrevimiento, la preguntó:

—¿Estás enamorada? ¿Sales con alguien? ¿Te gustaría volver a casarte?

—Espera, espera, son demasiadas preguntas. — Respondió ella con una sonrisa que le hizo sentir algo incómoda, pero al mismo tiempo reconfortada.

—No, no estoy enamorada. No salgo con nadie, tengo muchos amigos, pero solo eso. Y sí, me gustaría volver a casarme. No de momento, pero algún día sí.

—¿No piensas que si te tardas, el tiempo puede acabarse?

—Pues, si se me acaba, esperaré a la siguiente vida. — Sonrió nuevamente, dejando entrever su peculiar filosofía de vida.

—Pero tienes pretendientes, ¿no es así? Alguien como tú debe tener una fila de personas queriendo estar a tu lado.

—Mmm... Es posible. — Respondió con algo de desdén. — Pero nadie que realmente me interese. Hay que ser paciente en esas cosas.

Arti sintió una punzada de frustración al escuchar sus palabras, pero la esperanza de que alguna vez ella pudiera sentir algo por él le seguía alimentando el alma.

—¿Y tú? — Preguntó Emely, interrumpiendo sus pensamientos.

—¿Yo qué?

—¿Estás enamorado? ¿Sales con alguien? — Insistió ella.

Arti se quedó en silencio por un momento, tratando de hallar una respuesta que no revelara demasiado.

—¿Enamorado? No estoy seguro. Quizá. Salir con alguien, no. Bueno, contigo. — Sus palabras salieron con torpeza, pero él esperaba que, de alguna manera, ella pudiera entender lo que no se atrevía a decirle.

Pero Emely, de manera sutil, evitó la indirecta y no respondió a lo que él había dicho.

—Muy bien. Ojalá que la persona de la que te enamores te corresponda de la misma manera. — Dijo con tono amable, pero distante.

Arti cerró los ojos y se sumió en su propio mundo de posibilidades, dejando que la incertidumbre le diera la esperanza que tanto deseaba.



Al día siguiente, Emely le dijo que se iría de viaje por dos semanas. Arti la escuchó con atención, sintiendo que algo no estaba bien, que la distancia entre ellos se iba a ampliar aún más.

—Mañana salgo de viaje. — Dijo Emely, distraída al alistar su maleta. — Se me había olvidado comentártelo. Estaré fuera por dos semanas. No podremos vernos.

—Está bien, ve con cuidado. — Respondió él, tratando de ocultar la tristeza que sentía.

—¿Vas por asuntos de trabajo?

—No, luego te cuento cuando regrese.

—¿Vas sola?

—No, ya te platicaré. Por ahora tengo que irme. Tengo que preparar mi maleta.

—Muy bien, aquí te espero. Cuídate.

—Así lo haré.

Arti la observó alejarse por el camino arbolado, con la sensación de que algo se rompía entre ellos. Esperó, por un instante, que ella se diera vuelta, pero nunca lo hizo.

La incertidumbre lo dejó con una sensación amarga, como si un capítulo importante de su vida estuviera cerrándose sin que pudiera hacer nada para evitarlo.



ENSEÑANZAS DE GATO

– Tardaste en llegar. – Dijo el gato Bob, mirándolo desde una cueva en lo profundo de la montaña, donde una fogata iluminaba su rostro felino.

Arti se acercó, aún confundido, pero consciente de que todo eso formaba parte de un sueño, uno de esos que parecían más reales que la misma realidad. Se sentó junto al fuego, buscando respuestas en los ojos brillantes de su amigo.

Sí, ya llegué. – Dijo, con voz baja.

– Hay muchas cosas que debes saber. – El gato Bob maulló con seriedad, sus ojos reflejando una sabiduría que parecía infinita. – Pero antes de comenzar, si tienes alguna pregunta, espero poder contestarla.

Arti lo miró fijamente, sintiendo que algo en su interior se despertaba.

– ¿Qué hacemos aquí? – Preguntó, ansioso.

– Has estado buscando. Y me mandaron a ayudarte. – Dijo Bob, sus palabras flotando en el aire. – Aunque muchas de las respuestas que buscas ya las sabes. Solo que las has olvidado.

Arti asintió, sintiendo una extraña mezcla de reconocimiento y desconcierto.

– Te tengo que revelar un secreto importante. – Continuó Bob. – Pero antes de eso, debes prepararte y entender algunas cosas que te ayudarán a comprenderlo.

Arti observó en silencio mientras Bob se trepaba sobre una roca, desde donde podía verlo claramente.

– Pon mucha atención. – Ronroneó Bob, con una voz que sonó profunda y solemne.

Y así comenzó la lección del gato, una serie de enseñanzas sobre los sueños, la vida y la misión de Arti, que él aún no comprendía del todo.



– Hace tiempo que te cuesta despertar. Vives soñando, pero eso no está bien. Te estás quedando sin tiempo, y ni siquiera has comenzado con tu misión.

Arti frunció el ceño, confundido.

– ¿Cuál misión? – Preguntó. – ¿Sabes a qué vine?

– Tú también lo sabes. – Respondió Bob, sus ojos brillando en la penumbra. – No puedo decirte todo, pero te ayudaré a recordarlo.

A partir de allí, Bob le explicó cosas que Arti ya había intuido, pero que nunca había logrado entender completamente. El gato le habló sobre la naturaleza de los sueños, sobre el tiempo, sobre la vida misma. A veces parecía que sus palabras eran solo fragmentos de lo que Arti ya sabía, pero con cada conversación, algo dentro de él comenzaba a encajar.

Las respuestas eran ambiguas, pero no importaba. Lo más importante era que Arti sentía que finalmente empezaba a comprender.

– ¿Y sobre la muerte? – Preguntó Arti, con la urgencia de quien tiene un vacío por llenar.

– Estás lleno de preguntas, Arti. – Respondió el gato. – Lo que te digo es que ya sabes las respuestas. Sólo que las olvidas.

– ¿Existe Dios? ¿O varios dioses?

– ¿Tú lo sabes? – Respondió Bob, riendo suavemente, como si todo fuera parte de un juego.



El tiempo en la montaña pasó como un suspiro. Arti había aprendido mucho, pero al mismo tiempo sentía que aún quedaba mucho por descubrir.

Finalmente, cuando la lección llegó a su fin, Bob le dijo:

– Ya estás preparado para saber la verdad.

Arti, con el corazón palpitante, preguntó:

– ¿Cuál es la verdad?

Bob lo miró con ojos llenos de compasión.

– Por ahora, solo descansa. Regresa cuando tengas el valor suficiente para enfrentarla. Tal vez no te guste.

Arti asintió, sintiendo que su viaje hacia el entendimiento apenas comenzaba.

– Está bien. Regresaré.

Y entonces, como un susurro, una voz le dijo:

– ¡Despierta! ¡Tengo hambre!

Arti despertó en su cama, con el gato Bob sobre su estómago, mirándolo fijamente.

– Por fin. – Escuchó decir, pero quizás solo fue su imaginación.

Aunque los recuerdos del sueño se desvanecieron rápidamente, algo en su interior sabía que las enseñanzas de Bob quedaban grabadas en su alma.

Tiempo después, comenzó a escribir todo lo que recordaba, intentando encajar las piezas de su sueño en la vida real.

Pero las enseñanzas del gato, por más claras que parecieran, aún se desvanecían de su mente, como si nunca hubieran sido reales.



UNA Y OTRA VEZ

De aquel extraño sueño que Arti apenas recordaba, había pasado ya más de una semana. En ese tiempo, se sumergió en su rutina, absorbiéndose en su trabajo como siempre lo hacía. Los pendientes se le habían acumulado, pero al menos eso lo mantenía ocupado, alejado de sus propios pensamientos.

—Hoy regresa Emely —se dijo Arti a sí mismo, sonriendo de manera melancólica—. Uno nunca sabe... Uno nunca sabe.

Esa esperanza que aún alimentaba, por pequeña que fuera, lo mantenía en vilo. Quizá, tal vez, algo más podía surgir de su relación de amistad. Pero en lo profundo de su ser, sabía que pronto, una vez más, su corazón sería destrozado.



Emely apareció como un rayo de sol después de días grises. Vestía un vestido amarillo con flores y su cabello recogido en una pequeña colita. Su alegría era contagiosa, una chispa que iluminaba la habitación. Arti se sintió invadido por una cálida sensación de esperanza, aunque trató de no dejarlo ver.

La saludó con un abrazo y, sin mucha ceremonia, le propuso ir a tomar un café. Quería compartir algo con él.

Ambos pidieron el mismo café cappuccino, aunque Arti pidió el suyo con leche deslactosada y café descafeinado. Ya en ese punto de su vida, todo parecía hacerle daño.

—¿Y bien, cuéntame, cómo te fue? ¿A dónde fuiste? —preguntó Arti con una curiosidad disimulada, aunque algo en su pecho ya le advertía que no todo iba a ser tan simple.

—Fui a París. Fue un viaje increíble. Nunca había estado allí, y cuando vayas, lo verás con tus propios ojos. Es realmente hermoso —respondió Emely, su rostro iluminado por la emoción.

—¿Fuiste por trabajo o por vacaciones?

—Nada de trabajo. Quiero contarte algo importante para mí... Estoy muy feliz.

Arti sintió una presión en el pecho. ¿Qué podría estar por venir?

—Me voy a casar, en un par de meses.

Las palabras de Emely fueron como un mazazo a su corazón. No había considerado esa posibilidad. De alguna forma, había esperado otra cosa, algo más. Intentó mantener la calma, pero en su interior sentía cómo su mundo se desmoronaba.

—¿Eso tuvo que ver con el viaje? —preguntó, buscando una respuesta tranquila, aunque el nudo en su garganta se hacía más grande.

—De alguna manera sí. A mi futuro esposo lo conocí hace tiempo en un viaje a Oriente. Nos mantuvimos en contacto durante años, y finalmente decidí ir a visitarlo a Francia. Y ocurrió como por magia... Durante los días que estuve con él, me propuso matrimonio, y acepté sin pensarlo —dijo Emely, con una sonrisa radiante, tratando de compartir su felicidad.

Arti no pudo evitar sentir cómo su corazón se rompía lentamente, mientras ella le hablaba sobre el futuro que nunca podría ser suyo.

—¿Y cómo es él? ¿A qué se dedica? ¿Te irás a vivir con él?

Emely, llena de emoción, continuó relatando detalles que Arti, por supuesto, no quería escuchar, pero escuchó. Tras un largo rato, se despidieron con un abrazo,

y aunque Arti intentó ocultar lo que sentía, su tristeza era evidente.

—¿Nos volveremos a ver? —preguntó él, con la voz quebrada.

—Claro, cuando tú quieras —respondió ella, sin saber que para Arti, ese adiós ya estaba marcando el final de lo que jamás fue.



Arti regresó a casa con un peso en el pecho, como si todas sus ilusiones hubieran desaparecido de golpe. La vida había perdido su magia. El dolor lo envolvía en cada rincón de su ser.

Cuando vio a Bob, su gato, pasó de largo sin saludar, y se tumbó en la cama, deseando poder dormir por mil años si eso fuera posible.

El timbre del despertador lo sacó de su letargo. Hoy regresaba Emely. Pero al abrir los ojos, se dio cuenta de que todo había sido un sueño. Solo una pesadilla que pronto olvidaría.

—Lo bueno es que no duró mucho —se dijo, aliviado.

—¡Y tú no me despertaste! —le reclamó a Bob, quien, tras una noche fuera, solo le respondió con una mirada cansada antes de volver a dormir.



—¡Buen día! —saludó Arti efusivamente a la recién llegada, que apareció en el parque de siempre.

Ella llevaba el mismo vestido amarillo con flores y la misma colita en el cabello. Se veía increíble. A los ojos de Arti, era un sol radiante, pero al mismo tiempo, una amenaza de tormenta.

—Quisiera decirte algo, Arti. Espero que compartas mi alegría —dijo Emely, con una sonrisa tan brillante que casi hizo temblar a Arti.

Él presintió que algo no iba bien.

—Dime, ¿qué sucede?

—¡Estoy enamorada!

—¿Qué?

—Sí, estoy enamorada.

—¿Cómo sucedió?

—No lo esperaba, pero me reencontré con mi exmarido hace unos días. Hablamos de lo que pasó entre nosotros, de lo que no funcionó, de si aún nos queríamos. Y una cosa llevó a la otra. Decidimos regresar y darnos otra oportunidad.

Arti intentó asimilar lo que oía, pero la decepción le invadió por completo. Ya nada tenía sentido.

—¿Y cómo te sientes? ¿Te hace feliz? —su voz tembló al preguntarlo, casi sin querer saber la respuesta.

—Sí, mucho. Como te dije, él siempre ha sido mi príncipe azul.

—Oh, entiendo —dijo Arti, con el corazón completamente destrozado. Su peor miedo se había hecho realidad.



De regreso en su casa, Arti quería gritar de frustración. En lugar de eso, alimentó al gato Bob, quien estaba hambriento, y se desplomó en el sillón, sumido en la tristeza. La televisión mostraba un canal de deportes, pero ni eso podía distraerlo de lo que sentía.



Despertó nuevamente, confundido. Miró el calendario, y se dio cuenta de que todo había sido un sueño.

Bob no estaba. Habría salido a pasear con alguna gata. Arti se rio entre dientes.

—Es más hábil que yo ese gato —pensó, sintiéndose derrotado por su propia falta de destreza en el amor.

Ese día, en su mente, todo parecía en su lugar. Regresaba al encuentro con su amor platónico. Pero entonces, una duda lo asaltó:

—¿Y si otra vez estoy soñando? No, no iré hasta estar seguro de que estoy despierto. Si el gato Bob estuviera aquí, sabría mi situación.

En ese momento, Bob apareció por la ventana, pasó de largo hacia su plato de comida vacío.

—Tengo hambre —dijo Bob en su conocido gatonés.



Despertó una vez más, olvidando el extraño sueño. La noche había sido mala, y el cansancio le pesaba más que cualquier otra cosa.

Se arregló y se dirigió a su cita con la doctora Spinoza. Al llegar, sin siquiera saludarla, Arti lanzó su pregunta sin rodeos:

—¿Te vas a casar? ¿Estás enamorada?

Ella sonrió.

—¿De dónde sacas esas ideas? Primero salúdame, y luego hablamos.

—Está bien, pero no quiero ir a un café ni al parque de siempre.

—¿Entonces a dónde vamos? —preguntó ella.

—A tu consultorio. Es un lugar más seguro.

—¡Qué extraño eres! —comentó ella, divertida—. Pero me parece bien. Tengo que recoger algunas cosas que dejé allí antes de irme.



El resto de la conversación fue ligera. Arti la escuchó hablar de su viaje a París, de las maravillas que había visto y las personas que había conocido. La doctora Spinoza se iluminó mientras describía sus experiencias, y Arti, aunque intrigado, no podía dejar de pensar en sus propios sueños extraños. Fue un tema del que hablaron durante un rato.

Cuando ella le preguntó por sus propios sueños, Arti decidió compartir algo, pero no todo. No podía contarle sobre el gato Bob ni la montaña, ni siquiera el último encuentro con Emely. Había algo en esos recuerdos que lo inquietaba.

Se despidieron con la promesa de verse pronto, y Arti, al llegar a casa, miró al gato Bob fijamente.

—¡No hables! —le dijo.

Bob no dijo ni una palabra.



LAS REVELACIONES DE BOB

Algo en mí había cambiado. Ya no me sorprendía tan fácilmente, y este nuevo sueño, como los recientes, no tardó en mostrarme su naturaleza. Sabía, de alguna manera, que estaba soñando.

– Hace tiempo que te espero. – dijo el gato Bob, como si fuera lo más natural del mundo.

Si el gato hablaba, sabía que era un sueño. Así que ya no sentí la misma sorpresa que antes. Ahora me preguntaba, como si estuviera consciente de esta distorsión entre la vigilia y el sueño, por qué él estaba allí.

—¿Por qué me esperas? ¿Para qué? — pregunté, con la calma de quien se enfrenta a lo inevitable.

— Creo que has olvidado el tiempo que pasamos en la montaña. — maulló, sus ojos resplandeciendo en la oscuridad.

Las palabras del gato actuaron como un destello en mi memoria. Todo vino de golpe, claro como el agua: su enseñanza, los momentos que compartimos, las promesas de revelaciones por venir.

— Es verdad. — le respondí. — Que cuando tuviera el valor, volviera para que me revelaras un secreto... O algo así. Perdón, lo había olvidado.

Bob no pareció molestarse. Su expresión era seria, casi paternal.

— Cuando despiertes, hazlo con suavidad. — me aconsejó, su voz profunda y tranquila. — No te muevas bruscamente, o los recuerdos se desvanecerán. Anota tus sueños, así no los olvidarás durante el día.

Y al final, me dio una última recomendación:

— Y cuando recuerdes, búscame allá arriba, te estaré esperando.

— Eso haré. — respondí con determinación.

Antes de que pudiera decir algo más, Bob desapareció entre los tejados, su figura diluyéndose con la brisa nocturna.



Los días que siguieron fueron distintos. Los recuerdos comenzaron a tomar forma. Comencé a escribir mis sueños, anotando las palabras del gato, las enseñanzas que se hallaban en cada uno de esos momentos tan extraños, pero significativos. Poco a poco, empecé a recordar más cosas: los detalles de la montaña, los consejos de Bob, incluso ese curioso sueño con la doctora Spinoza.

Mientras tanto, el gato Bob en el mundo real seguía con su rutina diaria: dormir, correr por la noche, comer cuando tenía hambre, y a veces dejarme acariciarlo, si estaba de buen humor. A pesar de todo, me sentía bien. Emely no estaba enamorada de nadie, y Bob seguía allí, como una presencia constante en mi vida, como lo había sido en otros tiempos.

Me reunía con la doctora Spinoza, no con la frecuencia que deseaba, pero lo suficiente como para sentir que las cosas no estaban tan mal. El deseo de confesarle lo que sentía por ella crecía cada día, aunque el miedo seguía presente. Sólo necesitaba algo de valor. Nada pierdo con intentarlo. Me repetía una y otra vez.



Esa noche, Bob volvió a aparecer, como siempre lo hacía en mis sueños. Estábamos en la cueva de las

montañas, con una fogata que iluminaba débilmente las sombras que se formaban en las paredes.

– Te contaré poco a poco. – me dijo, como si tratara de prepararme para lo que venía. – Para que no te asustes.

– Te escucho. – respondí, en un tono que no era de curiosidad, sino de necesidad.

– Tú no existes. – me dijo, mirando las llamas de la fogata como si quisiera asegurarme de que sus palabras tuvieran el impacto adecuado. – Por lo menos, no existes como crees. Tú no decides lo que sucede en tu vida. No tienes control sobre lo que pasa.

– Explícate. – le pedí, mi corazón latiendo con fuerza.

– Tienes la sensación de estar soñando. – continuó, con tono calmado pero seguro. – Te cuesta distinguir entre estar despierto o dormido. Déjame decirte que ambas cosas son parte de lo mismo.

Mi mente estaba confundida, pero seguí escuchando. Sabía que, de alguna manera, todo lo que decía tenía un propósito, una razón.

– Hay una fuerza más poderosa que tú, que yo, y que todo lo que conoces, que dispone de nuestras vidas a su antojo. Que decide cómo, cuándo y dónde cada situación de nuestras vidas ocurre. Incluso lo que pensamos.

– ¿Estás hablando de Dios? – le cuestioné, intentando encontrar un sentido en todo lo que me decía.

– Ojalá fuera eso, pero no es así. – caminó alrededor de la fogata, sus pasos lentos, creando sombras extrañas en las paredes. – Dios está mucho más allá de tu comprensión.

– No entiendo nada de lo que dices. – admití, desesperado por comprender.

– Sí, es difícil de entender. – dijo el gato, en un tono que casi sonaba compasivo. – Cuando yo mismo me enteré de esto, me costó procesarlo. Pero estoy aquí para tratar de que lo comprendas tú también.

– Entonces, ¿todo es un sueño? – pregunté, ahora más confundido que nunca.

– En parte, sí. Pero hay algo más importante detrás de todo esto. Y es momento de que lo sepas.

– ¡Bien, ya dime! Te escucho. – la impaciencia me dominaba, pero el miedo también se apoderaba de mí. No temblaba por el frío, sino por la incertidumbre.

Bob me miró fijamente. Sus ojos brillaban, reflejando las llamas de la fogata. El aire se volvió pesado, y la sombra detrás de él pareció crecer. Finalmente, sus palabras resonaron en la oscuridad:

– Tú eres el sueño de alguien más.

Y con esa declaración, el silencio se apoderó del lugar. Las palabras del gato seguían girando en mi mente, pero no entendía nada. Sólo sabía que había algo mucho más grande, algo más allá de lo que mis ojos podían ver. Algo que aún no podía comprender.



REGRESANDO DEL SUEÑO

– Arti. Arti... – Escuchó una voz distante, como un eco lejano.

– Arti, despierta. – La voz se repitió, esta vez más clara.

Arti despertó, saliendo lentamente del profundo viaje onírico en el que había estado perdido. Su mente aún estaba un tanto confundida, incapaz de situarse completamente en el presente.

–¿Qué está pasando? – Se preguntó en voz alta, su mirada perdida. – ¿Dónde estoy?

– Estás aquí, en el consultorio. ¿Lo recuerdas? Soy la doctora Spinoza. Estás en terapia. – La voz, tranquilizadora, lo sacó de su desconcierto.

Poco a poco, Arti Conejo fue recuperando la consciencia, dándose cuenta de que no se encontraba en una montaña, ni en un sueño interminable, sino en el diván de la doctora, que lo había inducido a un estado de relajación profunda. Ahora, los recuerdos de lo que había vivido comenzaban a ser más nítidos, pero su mente aún se resistía a aceptar que todo aquello había sido solo parte de su imaginación.

–¿Te sientes bien? – Preguntó la doctora, su tono sereno y atento.

– Sí... un poco confundido, pero sí. ¿Cuánto tiempo estuve dormido? – Su voz sonó algo temblorosa.

– Quizá una hora, un poco más. Pero fue muy difícil despertarte. Parecías tener el sueño muy pesado. ¿Te gustaría hablar sobre lo que experimentaste? – La doctora lo miraba con una mezcla de curiosidad y empatía.

– Sí, me gustaría. Pero necesito un momento. – Arti cerró los ojos, intentando asimilar todo lo vivido, la confusión flotando aún en su mente.

– Claro, tómate tu tiempo. – Respondió la doctora con suavidad.



Después de unos minutos de silencio, Arti volvió a abrir los ojos y, al fin, comenzó a comprender lo que había sucedido.

– Ahora lo entiendo, doctora. Mi problema no es que no pueda dormir. Mi problema es que no puedo despertar. En mis sueños, pasaron meses, quizás más de un año, y usted dice que solo fue una hora. – La frustración en su voz era palpable.

– Bueno, no soy experta en el arte de despertar. Más bien en el de dormir. Pero, si lo deseas, podemos investigar qué está pasando. Tal vez podamos encontrar una solución. – La doctora Spinoza lo miró con interés, dispuesta a ayudarlo a entender.

– Está bien, podemos intentarlo. – Dijo Arti, aún aturdido, pero con un leve rayo de esperanza.



Arti comenzó a contarle, con una mezcla de sorpresa y desconcierto, todo lo que había experimentado. Le habló del gato que hablaba, de los extraños ciclos de sueño y despertar, y, sobre todo, de las revelaciones del gato Bob. Fue un relato largo, pero con cada palabra, algo dentro de él parecía encontrar su lugar, aunque muchas de las piezas seguían faltando.

–¿Qué piensa usted de todo esto? – Preguntó al final, su voz cargada de incertidumbre.

La doctora Spinoza lo miró pensativa.

– Es muy extraño, nunca había escuchado algo parecido. Pero puede ser que todo esté relacionado con lo que piensas, con las inquietudes que tienes, o incluso con tus experiencias pasadas. Tal vez, si revisamos más a fondo tu historia, podamos encontrar algo que explique estos sueños recurrentes. – Respondió, mostrando una profunda concentración.

–¿Pero qué piensa de lo que me dijo el gato Bob? – Preguntó Arti, con una mirada ansiosa.

– Bueno, es solo un sueño. No te preocupes por eso. – Contestó ella, tratando de restarle importancia.

– Pero... ¿no cree que puede ser real? ¿Que de alguna manera alguien más podría estar decidiendo nuestro destino? ¿Que tal vez somos solo parte del sueño de otro?

– La duda pesaba sobre Arti, y la necesidad de respuestas lo impulsaba a profundizar aún más en el misterio.

– No importa lo que yo piense. Dime, ¿qué piensas tú? – La doctora Spinoza no respondió directamente, sino que lo animó a explorar sus propios pensamientos.

– Yo... creo, aunque me cuesta admitirlo, que tal vez... cualquier cosa es posible en este mundo. Hay tantas cosas que aún no entendemos, tantas cosas fuera de nuestro alcance, que tal vez existe una pequeña posibilidad de que lo que el gato dijo sea cierto. – Arti habló en voz baja, como si temiera dar forma a esa idea que lo atormentaba.

–¿Te sientes parte de un sueño? – Preguntó ella, buscando comprender mejor su estado emocional.

– No precisamente... Pero cuando sueño, no siento que esté soñando. – Arti se quedó en silencio, reflexionando sobre sus propias palabras.

Durante largo rato, siguieron conversando sobre estos temas, y aunque la doctora Spinoza se mantenía firme en su creencia en la ciencia y lo tangible, no pudo evitar sentirse intrigada por la extraña perspectiva de su paciente. Aunque ella no compartía la misma visión, escuchó atentamente, tomando nota de cada palabra, cada idea.



Ya había oscurecido cuando Arti comenzó a sentir el peso del día sobre sus hombros. El ruido de las calles se había apagado, y la consulta llegaba a su fin.

–¿Te parece si seguimos con esta consulta la próxima semana? Creo que hay mucho que procesar para los dos.

– La doctora sonrió suavemente, invitándolo a regresar.

– Me parece bien. – Respondió Arti, agradecido por la oportunidad de seguir explorando su mente.

Se despidieron con un apretón de manos, y Arti, aún absorto en sus pensamientos, salió del consultorio, con una ligera sensación de alivio pero también con muchas preguntas sin respuesta.



LA GITANA

Era un sábado por la tarde. Arti caminaba hacia la pequeña plaza en el centro del poblado donde vivía. Un lugar que siempre había encontrado fascinante, lleno de vida, de rostros que contaban historias en su silencio. — Las personas son mágicas—, pensaba mientras observaba a la multitud.

En la plaza, el kiosco de siempre acogía a los niños que jugaban, saltando de un lado a otro, mientras que en los fines de semana, a menudo se presentaban grupos musicales, añadiendo melodías a la escena. A un costado, la iglesia colonial se erguía imponente, testigo de tantas historias del pasado. Arti siempre encontraba consuelo en ese lugar lleno de historias.

Por los alrededores, se encontraban varias tiendas de artesanías, con objetos tradicionales que variaban desde joyas hasta pequeñas figuras de ajolotes o capibaras, reflejos de la cultura local. Era una feria ambulante de recuerdos, colores y texturas, con algo para cada quien, desde el turista hasta el residente.

En un rincón del parque cercano, el aire estaba impregnado con el aroma de inciensos y perfumes exóticos. Pulseras, amuletos y ropa tradicional adornaban los puestos. Allí también se encontraba el centro de la vida esotérica del lugar, donde se ofrecían lecturas de futuro, cada una acompañada de promesas y advertencias.

La fuente con dos coyotes, en el corazón del parque, parecía guardar los secretos de las calles aleñañas. A su alrededor, mimos y artistas callejeros reunían a la gente, creando una atmósfera donde el arte fluía libremente.

Era un lugar en el que uno podía perderse fácilmente, y Arti lo disfrutaba. Siempre encontraba algo que le llamaba la atención, algo que lo mantenía en un estado de constante asombro.

Entonces, mientras paseaba, una mujer lo abordó.

— Ven, te diré la fortuna — dijo con voz cálida, pero insistente. La mujer vestía con un atuendo tradicional, como sacado de un cuento. Su pañoleta a rayas, sus collares y pulseras de colores brillantes, le daban un aire

misterioso. Su vestido largo, de flores moradas, completaba su imagen de gitana.

Arti intentó apartarse, pero la mujer lo tomó del brazo con un gesto firme.

— Si no te gusta lo que te diga, no me pagas — insistió.

Por un momento, Arti vaciló. —No pierdo nada—, pensó, dejándose llevar por la curiosidad.

La mujer lo condujo hasta un rincón apartado, donde comenzó a prepararse para la lectura.

— Te leeré la mano — dijo con voz profunda. — Puedo decirte tu destino. La buena fortuna está a tu alcance. Mis ancestros me enseñaron todas las artes adivinatorias, pero a ti, solo te leeré la mano. Pareces una persona interesante.

Arti se sentó sin decir palabra. No estaba muy convencido, pero algo en ella lo cautivaba. La mujer ya estaba acostumbrada a este tipo de rituales, y con un movimiento rápido, tomó su mano izquierda. La observó detenidamente.

— Oh... ¡Qué interesante! — exclamó, mirando sus líneas con una concentración exagerada. Arti supo que esas mismas palabras debía de decirles a todos.

De repente, la expresión de la gitana cambió. Se tensó, su rostro se arrugó en una mezcla de sorpresa y temor.

— ¿Tienes un gato? — preguntó, con los ojos entrecerrados.

Arti la miró sin saber qué responder.

— ¿Ya lo sabes, verdad? — insistió ella, su voz temblorosa.

— ¿Quién te lo dijo? ¿El gato?

Con un movimiento brusco, la gitana soltó su mano y la apartó rápidamente, como si algo la hubiese asustado. Sus palabras salían atropelladas, llenas de desesperación:

— Vete... vete. No vengas a cambiar mi vida. Yo estoy bien así. Vete, y no regreses. Que tu gato resuelva tus problemas, pero a mí no te me acerques más.

Confundido y un poco inquieto, Arti decidió que era mejor irse. Agradeció en silencio por no haber pagado y se alejó de la gitana, cuyas palabras resonaban en su mente.

— Ese gato y yo tenemos que resolver algunos asuntos — murmuró para sí mismo mientras se dirigía a su casa, cada paso marcado por una sensación de inquietud creciente.



Al llegar a su hogar, no tardó en llamar a Bob.

— ¿Dónde estás? — llamó en voz baja, como si el gato pudiera entender la urgencia en su tono. — Bob, necesitamos hablar.

El gato apareció de repente, saliendo de detrás de un sillón. Lo miró fijamente, casi con una indiferencia que dejó a Arti más confundido aún. Después, sin decir una palabra, Bob dio media vuelta y saltó por la ventana, desapareciendo en un parpadeo.

Arti se dejó caer en el sillón, buscando respuestas en el vacío. Sabía que algo no estaba bien. Algo en la conversación con la gitana, algo en las palabras de Bob, le decía que este capítulo de su vida estaba lejos de concluir.



LA VERDAD

Lo encontré en el lugar que había imaginado. En la cueva de la montaña, el fuego seguía encendido, como siempre. Sus ojos brillaban con esa luz familiar. Ya sabía que era posible que estuviera soñando, pues había aprendido a distinguir la delgada línea entre el sueño y la realidad. Sin embargo, busqué a Bob el gato. Necesitaba saber la verdad, enfrentarlo. Tenía que contarme lo que estaba sucediendo.

—¿Ya estás preparado? —me preguntó, en su característico gatonés.

—Sí, ya lo estoy —respondí, mientras me sentaba junto a él. Sentía que sus palabras iban a cambiar todo.

—Dices que tu vida está bajo el control de algo o alguien más. Que no tomas tus propias decisiones, que te manipulan. Pero no lo crees.

—Si pienso y siento, entonces existo. Estoy vivo. Nada ni nadie decide por mí —afirmé, con determinación.

—Es hora de que sepas la verdad —dijo Bob, sus ojos fijos en mí, como si se preparara para algo importante. —Es hora de que enfrentes lo que has estado buscando todo este tiempo. Yo no soy responsable de lo que suceda, solo soy el mensajero. Y no, no es Dios, ni alguna entidad divina que puedas imaginar. Mucho menos el gobierno o una raza alienígena que nos controle. No es nada de eso.

Hizo una pausa. Su mirada se tornó seria, y sentí que lo que iba a decir cambiaría mi vida.

—La verdad es que...

El silencio se alargó, como si temiera lo que debía decirme.

—La verdad es que... —repitió, como si costara salir de sus labios—. Eres el sueño de alguien más.

—¿Qué? No entiendo —dije, mi voz temblando, confundido, alterado—. ¿Qué tonterías dices? Todo lo que dices es absurdo. Y yo, tonto, por creer en las palabras de un simple gato.

—Lo siento, pero es así —dijo Bob, y vi una chispa de compasión en su mirada. —Espera, déjame explicártelo con más claridad. Aún hay más que decir.

—No solo tú y yo somos parte del sueño de otra persona. Todas las personas, todo lo que conoces, los animales, la vida misma, las experiencias que tienes, tus propios pensamientos, todo, absolutamente todo eso está decidido por alguien más.

—Para ser más claros —continuó, con calma—. Tú y todos aquí somos personajes de una novela que alguien más está escribiendo en este momento. A medida que él escribe, nos movemos, pensamos, suceden los eventos que presenciamos. Todo es algo que este alguien está escribiendo. Incluso mis palabras, lo que estoy diciendo ahora, las está imaginando en este instante. A lo que tú llamas *gatonés* es solo un lenguaje que él inventó para sus historias.

—Lo que digo son sus palabras, lo que piensas son sus pensamientos. Las personas a tu alrededor, él las creó para que no te sintieras solo.

—¿Cómo sabes todo eso? —pregunté, aún sin comprender.

—Porque yo soy él, tú eres él, todos somos él. Si este escritor quiere que yo te diga esto, es porque así lo decidió. No podemos escapar.

—¿Escapar? ¿Es posible escapar? ¿Qué dice el escritor que me responda?

—Dice que lo intentes. Que hasta este momento, nadie lo ha logrado.

—Yo lo voy a lograr —respondí con firmeza.

De repente, desperté, agitado. El gato Bob estaba sobre mi panza, esperando que le diera sus croquetas.



ESCAPAR DEL SUEÑO

—¿Has probado la meditación? —preguntó la doctora Emely Espinoza, mirando a Arti con paciencia. —Eso podría ayudarte con todo este problema de los sueños. Quizá te dé algo de luz en la oscuridad en la que te encuentras.

Arti Conejo había relatado, con lujo de detalles, su experiencia con la gitana y el sueño con el gato Bob.

—¡No me crees, ¿verdad?! —dijo Arti, molesto.

—No importa lo que yo crea, importa lo que tú creas —contestó la doctora, intentando calmar a su paciente.

—Según tú, yo tampoco sería libre. Sería la creación de la imaginación de alguien. Pero yo pienso y decido lo que quiero —agregó la doctora, con voz tranquila.

—Pero sus pensamientos y sus decisiones quizá no sean suyos, aunque lo crea. Existe la posibilidad de que quien escribe sea quien ponga esos pensamientos en su cabeza. ¿En verdad no cree en la remota posibilidad de que sea así?

—No, Arti, lo siento, no lo creo. Yo pienso de forma racional, y eso de lo que hablas es simplemente imposible.

De repente, la oreja izquierda de Arti comenzó a agitarse bruscamente, todos sus tics aparecieron al mismo tiempo.

—No estoy loco —decía Arti, repitiéndolo una y otra vez—. No estoy loco.

—Trata de tranquilizarte, por favor. Encontremos una explicación para todo esto.

—No, usted no me cree. Piensa que estoy loco o que todo es producto de mi imaginación. Ya no tiene caso que siga con las terapias.

Arti se levantó y caminó hacia la puerta.

—Voy a llegar hasta las últimas consecuencias —dijo, decidido—. Encontraré el camino para llegar al origen de todo.

—Voy a despertar.



DESPERTAR

Arti Conejo se acomodó en su banco de meditación, esa silla que tanto conocía, aunque aún no sabía si sería capaz de alcanzar la paz que tanto deseaba. Había intentado la meditación innumerables veces, pero nunca había logrado ir más allá de la superficie. Sin embargo, algo dentro de él le decía que esta vez sería diferente. Esta vez lo lograría.

A su lado, Bob el gato, se recostó pacíficamente sobre el suelo, como si ya supiera que algo trascendental estaba a punto de suceder. El silencio entre ambos era denso, cargado de expectación.

Arti sabía que Bob no era un gato común. Bob era su compañero, su confidente, la presencia silenciosa que siempre había estado a su lado, incluso cuando Arti no comprendía del todo su existencia. Sabía que, de alguna manera, ellos compartían una conexión que trascendía lo físico. Pero ahora, algo más profundo estaba a punto de revelarse.

—Este es el momento—, pensó Arti, cerrando los ojos y tratando de apartar las dudas que todavía rondaban su mente. El proceso era siempre el mismo: relajación, concentración, respiración. Pero, en el fondo, sentía que esta vez las palabras —inhala, exhala— significaban algo más. Eran un umbral, una puerta que debía cruzar.

—Inhala. Exhala.—

El ritual comenzó con dificultad. Su cuerpo se resistía, y el dolor de mantenerse inmóvil durante tanto tiempo lo aquejaba. Los mosquitos zumbaban a su alrededor, la incomodidad se apoderaba de él, y su mente se llenaba de pensamientos dispersos, intrusos, como aves sobrevolando su mente. Pero no podía rendirse, no esta vez.

—Lo lograré.—

La frase resonaba con fuerza en su interior, y Arti sentía cómo sus palabras se convertían en un mantra. Su mente se debatía entre la quietud y el caos, pero no iba a permitir que los obstáculos lo detuvieran. Él podía hacerlo.

Cada segundo que pasaba parecía un reto, pero la determinación de Arti se agigantaba. Respiraba más profundamente, buscaba la quietud dentro del torbellino de su mente. El gato Bob, en silencio, observaba desde su lado, inmóvil pero presente, como siempre había sido en su vida.

Pasaron las horas o tal vez fueron solo minutos. No podía medir el tiempo. Pero de repente, una paz inexplicable comenzó a inundarlo. Su cuerpo dejó de dolerle, su mente dejó de agitarse. Estaba en el umbral del despertar.

Con una claridad que nunca antes había experimentado, Arti entendió.

No estaba soñando, no era solo una ilusión. Todo lo que había vivido, todo lo que creía saber, lo que sentía, era parte de algo mucho más grande. Al abrir los ojos, se dio cuenta de que no solo estaba viendo su cuerpo, sino también su propia conciencia más allá de lo físico.

—Es real.—, pensó. —No lo soñé. Estoy aquí, más allá de mi cuerpo.—

Y fue entonces cuando Bob habló, no con palabras, sino con una comprensión profunda que Arti absorbió sin necesidad de explicaciones.

Arti comprendió que él no era solo un personaje. No solo era una creación. Era parte de algo más grande, de una historia que trascendía su existencia, pero que, de alguna manera, lo abarcaba todo. No era solo un

personaje dentro de una novela, sino que su existencia era válida, era real en su propio derecho, aunque naciera de la imaginación de otro.

Poco a poco, Arti comenzó a entender que el mundo a su alrededor, la doctora Spinoza, el gato Bob, la gente que conocía, todo lo que había vivido y conocido, también formaba parte de esa misma creación. Cada pensamiento, cada emoción, cada paisaje, cada encuentro, todo había sido pensado, soñado, imaginado por un ser que estaba allá afuera, en algún lugar. Pero a pesar de eso, ese universo creado no dejaba de ser suyo. Y lo más importante: él era libre.

El gato Bob lo observaba con una mirada sabia, como si supiera que este momento era inevitable. —Todo esto también es tuyo—, parecía decir Arti en silencio, mientras sentía que la conexión entre ellos era más fuerte que nunca.

—Escucha el río—, le dijo el gato en un susurro, y Arti obedeció. El sonido del agua fluyendo lo envolvió, como una melodía eterna. Las estrellas brillaban con intensidad, como si también fueran parte de él.

—Soy todo esto—, pensó Arti, descalzo sobre la hierba, mirando el amanecer que pintaba el cielo con colores imposibles de describir. La sensación de unidad con todo lo que le rodeaba era tan profunda que no había palabras para capturarla.

El sol se alzó, como un testigo mudo de su despertar, y Arti comprendió que, aunque todo esto pudiera ser solo un reflejo de la imaginación del autor que lo había creado, eso no disminuía su existencia.

Él era uno con el universo. Uno con las estrellas, con las piedras, con el agua, con la luz y la oscuridad. Él y el escritor no eran más que una misma esencia. Y aunque Arti fuera un personaje en una novela, él era tan real como cualquier ser que pudiera existir.

Bob, su compañero fiel, lo miró una última vez con gratitud, como si todo lo que habían vivido juntos hubiera alcanzado su culminación. —Es tu viaje ahora.— Y con esa mirada, se despidió. No de manera definitiva, sino como aquellos que saben que siempre se encuentran, que la vida es cíclica y eterna.

Arti lo observó irse, un destello de luz acompañando sus pasos, y por primera vez entendió que todo lo que había vivido, todo lo que había sentido, tenía un propósito. Él era parte de algo mucho más grande. Y, al igual que su amigo Bob, era libre para explorar su existencia sin miedo.

Fin



FINALE

— Terminé de leer tu novela —dijo ella, con una ligera sonrisa que sugería una mezcla de satisfacción y curiosidad.

— ¡Qué bien! —respondió él, algo más animado, buscando su mirada con una chispa en los ojos.

— ¿Te gustó? —preguntó ella, con un tono que albergaba dudas, aunque ocultas tras su exterior tranquilo.

— Pues, para no haber escrito nada en 20 años, es un buen comienzo. Supongo que todo es ficción, ¿verdad? —dijo

ella, dejando escapar una risa baja, como si aquello fuera una broma privada.

Él la miró con cierta complicidad, una leve sonrisa danzando en sus labios. — Pues... sí, claro. ¿Qué otra cosa puede ser? Los gatos no hablan, ¿verdad?

Una pausa breve, suficiente para que ambos se comprendieran sin necesidad de palabras adicionales.

— Disculpa que haya tomado algunas ideas tuyas para un personaje —murmuró él, con una expresión de leve disculpa, como si la confesión fuera una pequeña travesura.

— Sí, lo imaginé —respondió ella, con una mirada pensativa. — Pero no te preocupes. Te doy permiso de usar mis ideas.

Ella sonrió con la misma dulzura que había conquistado su corazón desde el primer momento.



No se llamaban Emely ni Arti. Esos eran solo nombres que usaban para interactuar con el mundo, para disfrazar sus identidades. Se conocieron durante una de las terapias a las que él asistía, buscando respuestas o tal vez solo buscando no sentirse tan solo.

Él se enamoró a primera vista. Un amor fulgurante, imprevisto, que lo envolvió como una brisa cálida. Ella tardó un poco más en darse cuenta. Su corazón, más

cauteloso, se fue abriendo poco a poco, hasta que ya no pudo negarlo.

Ambos eran pareja desde hacía poco tiempo, aunque su conexión era tan profunda que el tiempo parecía desvanecerse a su alrededor. —Era difícil de convencer —solía decir él a sus amigos con una sonrisa cómplice. — Pero la clave es insistir.

Ella, con su vestido amarillo, su cabello rizado recogido en una pequeña colita, y una mirada que hablaba más que mil palabras, lo había cautivado desde el primer momento. Sus palabras, sus ideas, su forma de ver el mundo... todo ello había encendido algo en él que nunca antes había experimentado.



Era un domingo brillante. El sol se levantaba con la promesa de un día lleno de vida y color. Desde la ventana, un campo de tulipanes amarillos se extendía hasta donde la vista alcanzaba. Tres ovejas jugaban despreocupadas, corriendo entre las hierbas verdes, mientras mariposas de colores danzaban al ritmo del viento fresco que acariciaba el aire.

Un *Perti* cruzó volando en el horizonte, añadiendo un toque de magia a la escena.

Ellos se abrazaron, sintiendo la paz que solo la compañía mutua podía ofrecer. Había tantas razones para

estar agradecidos. La vida, aunque incierta, les había llevado por caminos que se entrelazaban perfectamente.

En el sillón, una escena peculiar se desplegaba: un conejo, una marmota y una rata de peluche estaban sentados juntos, como si se tratara de una imagen sacada de un sueño. La calidez del hogar envolvía el momento con un toque de surrealismo.

— ¿Y el gato? —preguntó ella, mirando alrededor como si su presencia fuera indispensable para completar el cuadro perfecto.

— Ya llegará —respondió él, con una sonrisa tranquila, como si el tiempo no tuviera prisa en ese rincón de su mundo.

Un instante después, el gato Esponja apareció entrando por la ventana, moviéndose con esa gracia y curiosidad propias de su especie. Al verlos juntos, quiso compartir esa alegría que irradiaban. Caminó entre sus piernas y alrededor de ellas, restregándose suavemente contra sus cuerpos, como una expresión de afecto silencioso.

Pero Esponja, fiel a su naturaleza, pronto se aburrió. Se acercó al plato vacío, buscando las croquetas que siempre parecían faltar en el momento menos oportuno.

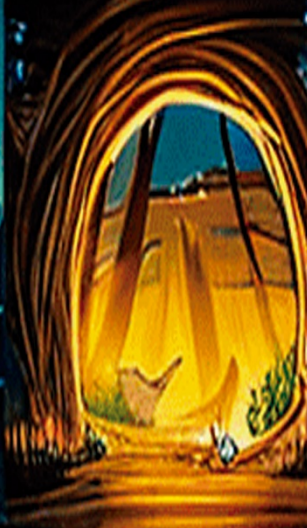
Miró a los dos seres humanos, dio un suave ronroneo y, con un tono que resonó con una claridad extraña, pareció decir en un perfecto gatonés:

— Tengo hambre.

Y mientras ellos reían con complicidad, entendiendo que a veces, incluso los gatos tienen la última palabra, el mundo a su alrededor continuaba girando en su propia armonía, como un sueño compartido entre ellos tres.







9 798308 587378

Y si fuéramos solo un sueño...



Versión

Sueños



Alejandro Pérez Rivera